

Al día siguiente de la noche de aquel domingo, tuvo fiebre y sin saber cómo, desvanecida, delirante, ligada fuertemente al asno que la llevaba, después de tres días de marcha, llegó á Guerrero.

Quedó anonadada bajo el peso de su desgracia, y lentamente una sombra de melancolía inmensa oscureció su cerebro donde llegaron á dormir por fin todos sus sueños y todas sus aspiraciones.

Convirtiósese en bestia, como su madrastra, y vegetó.

Allí, en la vieja casucha, edificada con adobes en la margen del río, Julia pasaba tristemente su vida minada por las brutalidades de su tío y dueño, soportando con angelical resignación el tormento diario de acostar su cuerpecito, ya adolescente, al lado del velludo y nauseabundo cuerpazo de aquella bestia que en las noches, cuando regresaba borracha, con pasos de hipopótamo, osaba acercar al rostro melancólico de la linda esclava, los mechones sucios de su barba, al estrecharla sobre el mismo lecho, con un abrazo espantoso!...

¡Oh! ¡Confunción monstruosa y abominable!



VIII

BERNARDO, lejos del yugo de Cruz, se entregó á su vicio favorito; fué haciendo vender sus vacas, una á una, para pasar la vida, al par que cumplía su misión espionando las fuerzas que el Gobierno en el mes de Agosto envió decididamente á Guerrero para atacar la población.

Componíanse dichas fuerzas de un piquete de veinticinco hombres de Seguridad Pública del Estado, al mando del capitán Antonio Vergara; otro del 5.º regimiento, de treinta hombres, al mando del capitán segundo Lino Camacho, y 65 hombres del 11.º batallón.

Como fuerzas auxiliares se reclutaron como voluntarios 60 hombres de los pueblos de aquel rumbo, conocedores expertos del terreno y valientes á toda prueba, encomendándose su mando á Santa Ana Pérez,

muy conocido por su temerario valor y su popularidad en todo el Estado. El mando en Jefe lo tuvo el general José M. Rangel, con tres oficiales de Estado Mayor, y acompañado del Mayor del cuerpo médico militar, Francisco Arellano. Total: ciento treinta hombres.

Bernardo avisó inmediatamente á Cruz, quien le envió un emisario, que habló largamente con él. Los dos se dirigieron á ver á Santa Ana Pérez. Este los filió y les dió armas y un grado nominal.

El 15 de Agosto partió una columna de ataque internándose en la sierra, y avistando á Tomochic el día dos de Septiembre.

Cruz se aprestó á la defensa con cerca de sesenta y ocho hombres, en su mayor parte armados de carabinas, apostándoles en las cinco casas que limitaban al pueblo al Este; les mandó aspillerasen de tal manera las paredes para que pudieran converger sus fuegos sobre el camino angosto, accidentado y duro que baja al valle, en el cerro del Cordón de Lino; ordenando que al escuchar un silbido agudo, tomaran los de la derecha por una ladera, remontándose hasta la cima, para allí cortar al enemigo su única retirada, descendiendo después sobre él, para aniquilarlo y dispersarlo en el monte.

Bendijo las carabinas y aconsejó apuntar sobre los oficiales y jefes exclusivamente.

El general Rangel fraccionó su fuerza en dos columnas; una que debía bajar por el cerro de Cordón y atacar la iglesia, y otra por un cerro que forma con

aquel un ángulo agudo bajo cuyo vértice se halla el cementerio. Esta fuerza lo debía ocupar y tomar después la casa de los Medrano, que se hallaba en la orilla del camino real.

Mientras se avistaban los contrarios, los rebeldes oraron con devoción y serenidad admirables, seguros de la victoria.

Bajan las columnas, entre los pinos y las fragosidades de los cerros, dispersos los soldados en *tiradores*, son recibidos en la falda con certeros tiros. Trábase el combate á fuego nutrido.

Pero cosa imprevista; Santa Ana Pérez, con sus *auxiliares* en el *Cordón*, permaneció sin recibir ni lanzar un tiro, en tanto que el general, en lo alto, se volvía loco de indignación y de rabia al ver que la confusión y el pánico lanzaban el desorden hacia el ala derecha de la segunda columna que se refugió en el cementerio. Entonces Cruz y los suyos, por la espalda, llegaron como tigres é hicieron prisioneros á los que ocupaban aquel punto, entre ellos el teniente coronel José M. Ramirez, que había sido herido en un brazo.

Cayeron muertos el capitán Vergara, el Mayor Prieto y el teniente Manzano, y derribado del caballo Vespaciano Guerrero, teniente de Estado Mayor, que bajaba á transmitir una orden.

La derrota fué completa y la catástrofe irremediable. El general se retiraba, pero sereno, con ese valor admirable, no desmentido nunca en todas sus heroicas campañas desde la invasión francesa, se refugió audaz-

mente en una de las casas desalojadas por el enemigo.

En la noche, acompañado por algunos dispersos, atravesaba, jadeante, el monte negro y silencioso.

Recogió el vencedor un gran botín, pero sólo los caballos, armas y muaciones se utilizaron; lo demás fué guardado sin tocarlo, hasta un pequeño barril de *tequila* y algunos de harina.

Ese mismo día: cediendo á un impulso de abnegación y deber, el doctor Francisco Arellano, sin armas, sólo con su botiquín, entró resueltamente en Tomochic, con el humanitario espíritu de curar los heridos propios y extraños.

En vano se le advirtieron los peligros que correría en tan temeraria empresa ¡todo fué inútil!

¡Bien conocías, doctor, que aquellos valientes hijos de Tomochic, no podían ser felones!

Santa Ana Pérez había desaparecido y sólo Bernardo se presentó en Guerrero al general, diciéndole que aquél, herido en una pierna, huía al Norte del Estado.

Más tarde el gobierno federal encomendó el mando de una segunda expedición al general Felipe Cruz y lo que pasó fué increíble, inverosímil.

Poco antes de llegar á Guerrero las fuerzas del quinto regimiento cargaron por orden suya sable en mano, sobre una milpa. El destrozo fué horrible; las débiles cañas hechas pedazos al filo de los machetes cubrieron el suelo de despojos.

En Guerrero, á un teniente del 22.º batallón se le ordenó posesionarse del cerro de la Generala á diez y

ocho leguas de Tomochic, lo que hizo sin encontrar resistencia.

El punto estaba desierto y el general telegrafió á Méjico, dando parte de haber atacado al pueblo, triunfando tras sangriento combate, haciendo veinticinco prisioneros.

Legados estos hechos y otros por el estilo, á conocimiento del presidente de la República, hizo llamar al general Cruz, y según se dijo le reprendió muy severamente, como era de esperarse de un hombre en cuya historia militar no hay una mancha.

¡Terrible debió ser la indignación del general Díaz!



MIGUEL se sentía profundamente atraído hacia Julia; su infortunio la idealizaba á tal punto á sus ojos, que pensó seriamente en arrancarla de aquel hombre cuya historia no conocía, pero que adivinaba no ser muy limpia. Sin embargo, el porvenir le inquietaba; era probable que partiesen al día siguiente.....¿y si no volvía?...

Le había dejado dicho que regresaría; que dejaba le hiciesen de comer porque en la fonda del pueblo le daban todo muy escaso, y no le atendían, por preferir á los oficiales superiores.

Bernardo acogió esto con muestras de placer, y ordenó imperiosamente que matasen una gallina para obsequiar á su jefe: le dijo que mientras llegaba la hora, le suplicaba que llevara, él que podía, á ver la pieza de

que le habían hablado; tenía esa curiosidad porque la verdad *ya mero* se decidía á acompañarles para acabar con los fanáticos.

Miguel le contestó ingenuamente que fuese á las once del día á la alameda y lo llevaría para que la viera, aunque de lejos.

Volvió á su aposento en el río, muy silencioso, pensando en aquel golpe del destino que lo arrojaba tan lejos, enfrente de terribles acontecimientos; la víspera tal vez de su muerte.

Pensó en su padre, humilde y honrado escribiente que pasó veinticinco años de su vida en una notaría, consagrando toda su actividad en hacer ricos sucesivamente á tres hombres que le abandonaron cuando fué inútil... ¡su pobre madre, viuda, aun bella, vuelta á casar é infamemente maltratada!... luego el escándalo horrible, la separación en que intervino la policía... ¡y su salida del Colegio Militar para ser un obscuro subteniente que algunos días más tarde estaría en algún punto perdido en los desiertos de Chihuahua á quinientas leguas de Méjico!... ¡Qué vida la suya!...

Meditó en el encuentro, no con una virgen ideal y romántica,—sino con una pobre muchacha infamada vilmente, manceba de un bandido; sér desgraciado y candoroso, que lo había visto con sus hermosos ojos negros, como demandándole auxilio y brindándole un amor sencillo como su alma pura y casta!

Y Miguel, en el fondo de su alma juró protegerla y aun amarla.

Él, espíritu nada vulgar y eminentemente serio, sintió nacer una afección por aquella mujer que se le presentaba con el prestigio de su inocencia y su infortunio.

No, y Miguel no era poeta, ¡penetraba demasiado al fondo real de las sombrías cosas de esta vida miserable y dolorosa para muchos!... Y sin embargo, con raro enternecimiento y con extraña simpatía pensaba en Julia...

Y en tanto así discurría, sentado en una gran piedra, la tropa desbandada en la orilla del río, elevaba entre un clamoreo alegre de chanzonetas, ternos, risas y gritos bajo el sol que libre de las brumas esplendía en el azul del cielo, haciendo secar con sus rayos, los lienzos, cuya blancura resplandecía entre los matorrales. A trechos, los oficiales formando corrillos, fumaban charlando.

Y el agua del río, fría y lenta, iba deslizándose ante los ojos absortos de Miguel, enturbiada por el jabón.

Cuando regresó al campamento tuvo que tomar su carabina é ir como los demás oficiales, al ejercicio del tiro al blanco que el general había ordenado para que conociesen sus armas.

A la lista de las doce, cuando él cepillaba el capote empolvado en que había dormido, fueron á avisarle que le buscaban.

Era Bernardo que venía á recordarle su promesa. Tuvo que acceder y lo llevó á ver la piececita desde el viejo zaguán de la casa habilitada del Cuartel General.

Se separó del bandido, evitando su compañía; pero quedando con él de verse en su casa, donde había mandado hacer una comida *como pá su jefe-cito*.

Cuando estuvo solo, vaciló en ir, considerando una estupidez tomar una mala comida en el *covachón* de don Bernardo, y respecto á Julia ¿no era atormentarse á sí mismo á la vista de una juventud desgraciada, que sólo honda amargura podía inspirarle?

Se encaminó lentamente á la plaza, resuelto á comer en la fonda; pero encontró á Castore a que venía de aquélla, donde supo que la oficialidad había dado fin con todo, y nada quedaba para nadie, pero que en revancha, iba á beberse media botella de *tequila* y á comer una libra de queso, únicos víveres que pudo encontrar, amén de un montón de *gordas* de harina.

Invitó á Miguel á tomar una copa, que éste rehusó, y puesto que en la fonda no había que comer ya, tomó rumbo hacia al río después de haber conversado un rato con el poetastro.

Julia había improvisado una mesa, con dos bancos y una tabla vieja. Extendió sobre ésta una servilleta muy blanca con toscos dibujos, y colocó un plato de peltre y una cuchara.

En la chimenea, con un buen fuego, hervía en una olla, la gallina, mientras en una cazuelita, chillaban en un mar de manteca algunos trozos de tocino.

Mariana, de rodillas ante el *metate*, con la cabeza baja, molía el chile, con una regularidad de trabajo

mecánico, mientras Julia iba y venía, muy activa, poniendo todo en orden.

Dos gallos amarrados en un rincón del cuarto, cantaban alternativamente, en tanto que un perrazo amarillo, flaco y peludo, dormía con las patas estiradas, en el rectángulo de sol que entraba por la puerta.

Julia se conmovió mucho, cuando Miguel saludándola, le estrechó suavemente la mano; y no pudo pronunciar una palabra.

Al fin salió de su turbación; se excusó porque aun no estaba la comida y mirándole con atrevimiento, añadió que quería que no se enojara con ella, que *á ver si otra vez no sucedía lo mismo*.

—Don Bernardo no tardará mucho, ¿verdad?—le dijo cariñosamente el oficial.

—Sí, señor, no ha *de dilatar*; siempre come á estas horas; ahora verá usted como me regaña porque no está el almuerzo... ¡Es muy malo, señor!...

Había un acento tal de amargura en estas palabras, que el joven volvió á experimentar un sentimiento de atracción irresistible hacia ella. Sobre todo, lo que más le cautivaba eran sus miradas francas, ingenuas; de una dulzura encantadora, desprendida como por arte mágico, de la aterciopelada sombra de sus ojos negros.

—Pero... ¿cómo lo quiere usted?... oiga, Julia...

—¡Calle!... ¡Mire!...—Y no pudo seguir la pobre-cita.—Le indicó con un movimiento de cabeza á la vieja Mariana que de espaldas á ellas vertía el chile molido en una cazuela.

El subteniente comprendiendo todo permaneció silencioso y luego manifestó querer obsequiar á don Bernardo con una lata de sardinas y un buen trago.

—¿No vá doña Mariana, mientras hago la sopa?... ¡ah! también trae el amasijo (1) porque con eso no alcanza.

Mariana alzó lentamente la cabeza y con sus ojos vidriosos contempló un momento á los jóvenes, luego lentamente, sin decir una palabra, tomó un desgarrado chal de sobre de un baul, así como el billete que le alargó Mercado con un gesto de desprecio.

Salió como una sonámbula, sin hacer ruido; sin la menor manifestación de voluntad propia.

Cuando quedaron solos, Miguel se puso de pie y se acercó á Julia que bajó la cabeza y dejó de cortar un pedazo de queso, que tenía en sus manos.

—Mire usted, Julia, Dios es bueno y no quiere, no puede tolerar esas cosas; usted tan bonita... tan niña... con él... eso es malo... No está bien... no.

Hubo un momento de silencio; él no se sentía capaz de continuar expresando su pensamiento atrevido, y ella... la pobre... advirtiendo todo con su instinto de mujer, no era posible que contestase, así es que hasta después de unos momentos balbuceó:

—No, no... yo también digo eso... pero ¿qué hago?... ¿quién me va á creer á mí?... me mataría... si... y se puso á sollozar.

(1) Pan.

—No llore... ándele... no sea tonta... cuando volvamos se viene conmigo... que me ha de hacer... en Chihuahua ya veremos.

—¡Si pudiera ir á Chihuahua ó escribir á mi padrino! puede que hasta me haya olvidado de hacer las letras...pero no...no, déjame, ¡déjame!...¿ve...? también es usted así...¡no!

Miguel, enternecido, arrebatado, la había tomado del talle y trataba de besarla en la frente, en un arrebato impulsivo.

Ella, encarnada de rubor, sorprendida por la audacia del oficial, temblorosa, extendía en el vacío sus manos, retrocediendo hasta la pared del fondo; allí, Miguel rápidamente acercó su rostro al suyo, besándola en la mejilla, sin ningún ardor sensual, como hubiera podido besar á una hermana.

Julia, dió un ligero grito cubriéndose el rostro con el delantal, mientras Miguel, algo arrepentido, la contemplaba en silencio y melancólicamente.

En aquel momento, agitando estrepitosamente las alas y abrigando su cuello orlado de plumas de moro rojizo, uno de los gallos cantó; el perro abrió los ojos, mirando perezosamente en torno suyo, mientras el otro gallo, completamente blanco y con enorme cresta encarnada, cantaba también.

—¡Cómo te quiero, Julia!—le dijo al oído el joven enternecido, en pie, cerca de ella, aproximando á su rostro enrojecido, sus labios candentes aún, por el beso con que la había súbitamente asaltado.

Aquel beso ardiente de Miguel la hizo estremecer inundando todo su ser con una alegría extraña hasta entonces para ella, despertando en su carne sensaciones dormidas por la misma brutalidad del hombre con quien vivía.

El se apartó y le dijo con dulzura y muy quedo:

—No, Julia, yo la quiero... es muy diferente... oiga usted.

En aquel momento el perro gruñó, estirándose y moviendo la cola; ella palideció y volvió á tomar el queso, diciéndole:

—Es que allí viene... ¡síntese, por Dios!

Tuvo que sentarse: una oleada de sangre llevó la ira á su cabeza; pero después se serenó y esperó tranquilo á Bernardo que llegaba como siempre, borracho, y que le dijo alargándole una botella á medio llenar:

—¡Ah!... ¡como es usted bueno, mi jefe!... ¡mire, no mas que *tequila* le traigo!... ¡Hepa! Julia un vaso!.. ¡pronto, condenada de Lucifer!

Julia, humilde y atontada aún, se acercó temblando, con un vaso.

Miguel lo tomó apretándole amorosamente la mano; ella abrió los párpados y sus negras pupilas fulguraron una mirada impregnada de gratitud, amor y ternura, mientras el salvajón don Bernardo, apoyándose en la pared tosía fatigosamente, con el rostro congestionado.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
X "ALFONSO REYES"
Apt. 1626 MONTERREY, MEXICO

Qué inusitada algarabía, qué alegre actividad y efervescencia hubo la noche del 16 de Octubre en la vieja y triste alameda de Guerrero, donde se hallaban acampadas las dos compañías del 9.º batallón!

Aquel parage, antes desierto, estaba completamente trasfigurado; los vendedores hacían su agosto; el oficial de la guardia, que era el teniente Torrea, enérgicamente presenciaba el *registro* de las *viejas*, no dándose punto de reposo para vigilar el orden del campamento.

Las cincuenta y sesenta mujeres con sus fogatas en que guisaban, sus gritos y algazara, daban un colorido pintoresco al cuadro de armas en que se encerraba la tropa al rendir las jornadas.

¡Bien se habían portado con sus *juanes* las valientes soldaderas!